

Vanni Pettinà

# Cuba y Estados Unidos, 1933-1959

DEL COMPROMISO NACIONALISTA AL CONFLICTO



# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 7

INTRODUCCIÓN 11

CAPÍTULO 1. LAS POLÍTICAS DE BUENA VECINDAD  
Y LA REVOLUCIÓN CUBANA DE 1933: EL NACIMIENTO  
DEL COMPROMISO NACIONALISTA 21

CAPÍTULO 2. LA CRISIS DEL PROYECTO NACIONALISTA DEMOCRÁTICO  
EN CUBA: LOS GOBIERNOS 'AUTÉNTICOS' Y LOS RETOS  
DE LA GOBERNABILIDAD, 1944-1952 59

CAPÍTULO 3. EL CREPÚSCULO DE LA SEGUNDA  
REPÚBLICA, 1952-1955 101

CAPÍTULO 4. EL DIÁLOGO CÍVICO Y LA DIPLOMACIA GLOBAL 132

CAPÍTULO 5. LAS NUEVAS POTENCIAS GLOBALES FRENTE  
AL NACIONALISMO PERIFÉRICO 166

CAPÍTULO 6. EN BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS: LA DIPLOMACIA  
NORTEAMERICANA FRENTE A CASTRO 211

**CAPÍTULO 7. 'SOMBRAS ROJAS' SOBRE LA INSURRECCIÓN 239**

**CONCLUSIONES 269**

**BIBLIOGRAFÍA 273**

## INTRODUCCIÓN

HISTORY IS NOT A LIBRETTO.

Alexander Hertz<sup>1</sup>

REVOLUTIONS AND PROGRESSIVE MOVEMENTS  
WHICH BREAK WITH THE PAST, BY DEFINITION,  
HAVE THEIR OWN RELEVANT PAST.

Eric Hobsbawm<sup>2</sup>

La noche del 15 de abril de 1959 Fidel Castro, de barba larga y enfundado en su inseparable uniforme verde olivo, desembarcaba por primera vez en EE UU en calidad de primer ministro de Cuba. Sus guardaespaldas, desaliñados y también vestidos con trajes de camuflaje, recordaban con orgullo al mundo la procedencia del nuevo poder político en Cuba: las montañas de Sierra Maestra y la lucha en contra de la dictadura de Fulgencio Batista<sup>3</sup>.

Durante su estancia de diez días, Castro visitó el Yankee Stadium, paseó por algunas prestigiosas universidades de Nueva York y se mostró a los fotógrafos comiendo hamburguesas y *hot dogs* en el zoológico del Bronx. En un intento de evaluar las consecuencias de la visita de Castro, un informe del Departamento de Estado destacó la naturaleza "artificial" de las actitudes del líder cubano durante el viaje. De acuerdo con el documento, el Castro que había visitado Washington "era un hombre de comportamiento impecable, que seguía con atención el consejo" de sus ministros y "aceptaba las direcciones de sus expertos norteamericanos en relaciones públicas"<sup>4</sup>.

De hecho, lejos de ser fruto de la casualidad, la repentina "americanización" de Castro tenía como objetivo restar oficialidad a la visita, comunicar un mensaje de cercanía a EE UU y confirmar la imagen cautivante del joven líder rebelde que la propia prensa norteamericana había contribuido a crear durante los días de la insurrección. O, más específicamente, como apuntaba el periódico londinense *Times*, el líder rebelde había ido a Washington para asegurar que su movimiento no

representaba la versión caribeña de la revolución nacionalista egipcia de Gamal Abdel Nasser, la bestia negra de la Administración republicana de Dwight Eisenhower a lo largo de la década de 1950. La visita servía a Castro para probar y explicar que su Revolución no iba a crear en el corazón del Caribe y a un puñado de millas de Florida un régimen "irresponsable" e imprevisible como lo había sido el de Nasser, quien, desde 1955, había navegado hábilmente entre las rivalidades de Moscú y Washington, utilizándolas para sus fines políticos.

Con este propósito y al margen de sus apariciones públicas, durante los días que permaneció en EE UU, Castro se entrevistó discretamente con el vicepresidente Richard Nixon y con el recientemente nombrado secretario de Estado Christian Herter. Sin embargo, si las fotos en el zoológico y los paseos en uniforme por Nueva York, recomendadas por "sus consejeros en relaciones públicas", tuvieron el resultado esperado, estas reuniones privadas y oficiales no fueron en ningún modo exitosas.

Algunos días después de haberse entrevistado con Castro, el secretario de Estado se reunió con el presidente Eisenhower para informarle acerca de sus impresiones. Herter trazó un esbozo del líder rebelde, describiéndolo como un personaje indudablemente fascinante y, sin embargo, inmaduro "como un niño" a la hora de encarar los problemas que el Gobierno de un país planteaba. El secretario de Estado contó a Eisenhower que, mientras hablaba en inglés, Castro había mantenido una posición calmada y cautivadora y, sin embargo, al cambiar al castellano el líder del 26 de Julio había asumido una actitud más agresiva y, según el secretario de Estado, "salvaje". En ese momento, Eisenhower interrumpió el relato de su ministro de Exteriores para contar que durante un encuentro con Jawaharal Nehru, primer ministro indio y líder de los países no alineados, este le había confiado que los líderes nacionalistas árabes, "cuando empiezan a hablar" en sus idiomas, "se dejan llevar por una especie de furia acumulada, con el orador que excita a las masas y las masas que excitan al orador"<sup>5</sup>.

La falta de compostura de Castro, de acuerdo con Eisenhower, típica de otros líderes nacionalistas, no era por tanto algo nuevo para el presidente. Tampoco era una novedad sus reticencias hacia el nuevo primer ministro cubano. De hecho, cuando Eisenhower supo de la voluntad de Castro de visitar Estados Unidos, trató y consiguió evitar un encuentro personal con el líder cubano. Como Herter escribió a Roy R. Rubottom, director de la Oficina de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado (ARA), en los días previos al viaje del líder rebelde a Estados

Unidos: "El presidente ha indicado que si se encontrara en Washington y le hicieran una petición formal, tendría que ver a Castro pero que, finalmente, desea profundamente evitarlo"<sup>6</sup>. Esta era una afirmación consistente con una Administración cuyo Departamento de Estado, unos días antes de que Batista dejara el poder, había indicado que "claramente" no quería "ver a Castro alcanzar con éxito el liderazgo del país"<sup>7</sup>.

En los meses siguientes al encuentro, las tensiones ya desarrolladas durante los días de la insurrección se incrementaron de manera dramática. En 1961, como parte de una escalada que incluyó la reforma agraria de Castro y la decisión de Eisenhower de eliminar la cuota americana de azúcar cubano, los dos países rompieron sus relaciones diplomáticas. En abril, una fuerza de expedición integrada por cubanos exiliados y entrenados por la CIA desembarcó en la isla, en Bahía Cochinos, en un intento desesperado de promover una insurrección contra la Revolución. El desembarco fracasó dejando como resultado un régimen de odio mutuo entre Washington y el nuevo Gobierno revolucionario y poniendo así fin a 60 años de relaciones complejas y controvertidas entre los dos países.

Más de cuatro décadas han pasado desde los días de la insurrección y de la visita desafortunada de Castro a Estados Unidos. Sin embargo, tanto la historiografía cubana como parte de la literatura internacional han avanzado poco y lentamente hacia la comprensión de las motivaciones que, ya durante el periodo de la insurrección de 1956-1958, llevaron a la Administración de Eisenhower a oponerse al movimiento de Castro. Se trata, sin embargo, de una pregunta todavía muy relevante para la comprensión de una época y de las dinámicas que condicionaron las relaciones entre los dos países.

Este libro es, en primer lugar, un ensayo histórico que intenta dar respuesta al problema de la colisión entre Washington y los procesos de cambio en Cuba entre 1956 y 1959. Ahora bien, esta reflexión parte de la asunción de que, para comprender de manera integral el problema, no es suficiente centrarse en la década de 1950. Más bien, el libro plantea la necesidad de tomar en consideración un arco cronológico más amplio, comprendido entre las dos revoluciones de 1933 y 1959, donde insertar y estudiar las relaciones entre la política exterior de Estados Unidos y la evolución turbulenta de los procesos de cambio político cubanos.

Este trabajo trata por tanto de analizar cómo la política exterior norteamericana interpretó y se relacionó con el proceso revolucionario que sacudió a Cuba en 1933; cuáles fueron las características del sistema político que emergió de ese proceso de cambio y qué papel tuvo Washington en

su consolidación y desarticulación entre 1938 y 1952; finalmente, este libro pretende reconsiderar los desencadenantes del ciclo insurreccional de 1956-1959 y los factores que determinaron la respuesta norteamericana hacia este nuevo proceso de cambio. Este tipo de estructura busca nuevas vías de análisis, superando algunos clichés que han marcado el discurso oficial cubano, así como ciertos límites que han condicionado el recorrido de la historiografía internacional sobre el tema.

El primer factor que debería tomarse en cuenta para entender tanto los reducidos avances realizados por la literatura como la necesidad de reconsiderar el estudio del periodo es la ausencia de una perspectiva historiográfica cubana original sobre el tema. La historiografía cubana tradicionalmente ha mantenido niveles excelentes en el estudio de la historia económica, cultural y social del país. Los trabajos de Moreno Fragonals, Óscar Zanetti y Jorge Ibarra son, de hecho, una prueba viviente del dinamismo, originalidad e independencia que han marcado y siguen marcando ese sector de la historiografía. Sin embargo, los estudios de historia política y, particularmente, los que se concentran tanto en la Revolución de 1933 como en la de 1959, no han alcanzado un nivel cualitativo comparable. Este desequilibrio surge porque, en Cuba, el Estado que emergió de la Revolución de 1959 es todavía el único agente legitimado para interpretar determinadas encrucijadas del pasado del país y, especialmente, las que remontan a los orígenes de la propia Revolución<sup>8</sup>. Dado que la reacción hostil y agresiva de la Administración Eisenhower hacia el experimento político de Castro ha jugado un papel crucial en el moldeamiento de un componente relevante de la identidad ideológica revolucionaria, el discurso oficial sobre el problema de las relaciones con EE UU se ha mantenido muy sesgado. En este sentido, el Estado ha incentivado una imagen dialéctica del pasado, como si este fuera una contienda, empezada en 1898, entre las fuerzas promotoras del cambio y las defensoras del *statu quo*. Los hitos de esta representación son la guerra de Independencia en 1898, la Revolución de 1933 y, obviamente, la de 1959. Según esta perspectiva, tanto el movimiento independentista de 1898 como la Revolución de 1933 tuvieron como objetivo, por un lado, la articulación de un sistema político más igualitario y, por el otro, la consolidación de la independencia del país frente a las interferencias externas. De acuerdo con esta interpretación, los movimientos de independencia lucharon en el año 1898 contra el colonialismo oscurantista de la monarquía borbónica, mientras los revolucionarios de 1933 se enfrentaron a un sistema oligárquico que, sostenido por la política exterior norteamericana, había traicionado las